

El Correo de Guipúzcoa

— Órgano del partido carlista vascongado —

DIARIO DE LA MAÑANA

CALLE DE PRIM, 18

TELÉFONO NÚM. 274

LA CUESTIÓN RELIGIOSA

Discurso del señor Vázquez de Mella, pronunciado en el Congreso de los Diputados el día 13 de Noviembre de 1906.

(CONTINUACIÓN)

Decíamos ayer... La ley histórica que rige los Estados.

El señor VÁZQUEZ DE MELLA: Señores diputados: pudiéramos yo emprender como el gran maestro salmantino decíamos ayer; porque voy a hacer, para que sirva como de anillo y componga el labrado que encadenan algunas de las doctrinas presentadas por mí en la sesión anterior, con las que expordré hoy, un breve resumen de la última parte de lo que no quería llamar discursos, porque, dada la premura del tiempo, yo no tenía ayer el suficiente para entrar en el fondo del debate, por cuya razón tuve que limitarme a recoger diferentes afirmaciones de los oponentes laudos de la Cámara, a fin de no formular entonces la tesis integral de mi discurso, que he dejado precisamente para hoy.

Así, pues, señores diputados, oíos, porque no he visto publicadas las cuartillas de mi discurso, que afirmaba yo la influencia decisiva que el principio liberal ejercía en la sociedad contemporánea, y aquél principio disolvente, en virtud del cual, una vez separadas las creencias en la sociedad, por fuerza habrá de reflejarse la separación en las ciudades del Estado, ya que siendo el Estado como una unidad jurídica que representa a la sociedad, no podrá tener una unidad propia que fuere copia de los diferentes originales de abajo: la diversidad, la diferencia, la oposición que origina en la sociedad tiene que reflejarse en las cumbres del Estado. Y esto no era simplemente una afirmación teórica; era una ley histórica que demuestra en todas sus páginas que la separación de las creencias es la divergencia de creencias acerca de la soberanía, que llega pronto hasta las verdades del orden natural; en el seno de las sociedades, los Estados se disgregan, se rompen, los fragmentos sociales se reflejan en los fragmentos políticos en que a la larga se parte el poder público.

Por eso Inglaterra permanecerá separada por una muralla de odios de Islandia católica; y Polonia, aún siendola de la cultura, como es católica se mantendrá frío, inestable y en lucha manifiesta y latente contra el imperio mongol, mientras que se asocia con facilidad con el heterogéneo imperio austrohúngaro, porque conserva con él entre los principales miembros una identidad de fe religiosa; y de la misma manera se fraccionará Alemania, después de las luchas de la Reforma, que ensangrentaron su suelo desde la Dieta de Speyer y de Aboaburg y de la liga de Esma, hasta la terminación de la guerra de los treinta años, y los cantones suizos se dividirán con la guerra, para afirmar sus creencias religiosas; lo mismo en los tiempos de Zwinglio que en las conferencias del Suízerbund, repartándose entre reformistas y católicos, que sólo pueden coexistir enlazados por una confederación.

Y así sucede en todas partes.

Por eso, la República anglosajona, formada por la confluencia de razas, por la diversidad de creencias, ha tenido que adoptar para subsistir la forma del Estado federativo. Y aquéllos que creen que los Estados latinos están como asuistados a esta ley, se equivocan grandemente; se verá que no se han fraccionado todavía en Estados diferentes; pero observarán cómo los partidos políticos se han organizado en ellos a manera de estados, que luchan unos contra otros como escuelas oponentes, como luchan por entronizarse en las alturas del mundo, y cómo esa diferencia y esa división de creencias se abonda, y llegará un momento en que, al pasar por la cima del poder, irán una con sus negaciones radicales, irán otras con sus afirmaciones conservadoras, destruyéndose mutuamente y desfilando como la procesión fúnebre de la anarquía por el alegre de la autoridad, que concluirá por llevar los pueblos por la pendiente de la disolución, a morir deshechos entre las garras de un conquistador. Esa es la consecuencia final.

Las peticiones liberales: tolerancia—igualdad—privilegio—monopolio.

Pero examinando ese principio li-

La europeización. — El catolicismo y el progreso.

Pero no creáis por este tono de mis últimas palabras que vengo yo aquí a justificar lo que dice un popular periódico de la mañana, que llega nada menos que a adjudicarnos la categoría de Santo Padre; ya quisiera yo que me adjudicara la de Padre Santo, para lanzar anatema terrible contra todos aquellos herejías que tanto abundan en la Cámara y fuera de la Cámara.

Yo digo ayer que no había radicales en la Cámara; y que el único radical ó uno de los más radicales era yo.

Pues voy a demostrarlo.

Yo, en presencia de las soluciones que propongo para el problema religioso, voy a fijar franca y lealmente la que creo verdadera; pero querido antes desvanecer ciertos errores, procurando ser en este punto lo más breve posible, atendiendo a las indicaciones que oportunamente me hizo el señor Presidente al terminar la sesión de ayer tarde, y no os voy a molestar con muchas lecturas, pero si con algunas que son muy interesantes y que considero necesarias.

¿Cuál es el motivo fundamental, señores diputados, de las tendencias que se llaman democráticas y que yo llamo desde el punto de vista católico reactionarias? ¿Cuál es el motivo principal de las tendencias de ese Gabinete y de los avances (lo digo en el lenguaje corriente) que en estos últimos tiempos han hecho las partidos liberales a expensas de las prerrogativas católicas? ¿Cuál es el motivo principal que surge siempre que se discute esta cuestión y que aparece cada vez que se habla de la cuestión religiosa? Las corrientes dominantes en el mundo.

Cuando aquí se trató de la cuestión de la unidad religiosa, que ya estaba desde los tiempos moderados en el clero jurídico en la ley, cuando se discutió el art. 11, se pronunciaba esta frase, que se repite, que pasaba de unos labios a otros labios como una consigna: «qué dirán las naciones extranjeras». Y esa frase vuelve a repetirse ahora: «Qué dirá el mundo europeo de nosotros?»

Oíd, señores diputados, porque es un testimonio de fe y un testimonio de honesta libertad y una lección para los anticlericales españoles. Toda la carta es admirable, pero solo leír estos párrafos:

«Grande es el dolor que experimentamos al contemplar a la Iglesia de Francia tan atrozmente perseguida por leyes y decretos vejatorios, y al ver destruido el pacto secular que ligaba con la Santa Sede a la Hija primogénita de la Iglesia; porque aquéllos desean que los sangrientos conflictos ya engendrados por la famosa ley de separación que Pío X. se ha prescrito a condonar, son preludio de perturbaciones y de turbulencias mayores todavía.

Y dómico es posible que acontezcan tales tristes no provoquen las simpatías y las oraciones de todos los verdaderos hijos de la Iglesia? Los fieles del mundo entero son, como dijo el Apóstol, miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo y deben, por lo tanto, participar todos de las alegrías y de las tristezas de los demás.»

Después de recordar los Obispos franceses que figuraron entre los primeros Prelados americanos, añade:

«Acosumbrados a la libertad de que goza en nuestra Patria la Iglesia, apenas si podemos comprender que un Gobierno civilizado se atrevía, en nombre de esta misma libertad, a tiranizar a todo un pueblo cristiano, imponiéndole el yugo del ateísmo oficial. Aquí, por el contrario, recorren los Gobiernos que la religión es necesaria a la prosperidad del Estado, y por más que no se atribuyen competencias alguna en los asuntos religiosos, merced a los sentimientos benevolentes que los animan, resuelven las cuestiones mixtas de un modo equitativo.

Los litigios relativos a los bienes eclesiásticos, por no citar más que un ejemplo, son resueltos por los tribunales civiles con arreglo a las mismas leyes de la Iglesia, sin que nadie pase por las mientes la idea de establecer reglamentos contrarios a sus cánones. Si la Iglesia, porque es la verdad, tiene derecho a ser protegida, no necesita para prosperar más que ser libre, y de esta libertad goza más plenamente en los Estados Unidos.

Y no sólo gozan de esta libertad; gozan también de una notable preferencia, señores diputados; hay un testimonio eloquientísimo, que siendo no poder reforzar con algunos párrafos por haber olvidado la carta de un amigo español residente en los Estados Unidos que me los comunicaba.

Si el «Símbolo», el «Diálogo» y el

«Sermón de la Montaña» imperaran sobre todos los hombres, habría cuestión social, ni cuestión política en el mundo? ¿Habrá conflictos, ni divergencias, ni oposiciones? No habrían realizado el increíble prodigo de desterrar a esas huespedes siniestras que ha hecho su morada de la naturaleza humana, al mal, arrojándolo más allá de las fronteras de la historia?

Que no es el anticlericalismo la corriente dominante. — El catolicismo en América.

Pero la reacción es el «clericalismo», otro de los motivos consabidos, y el anticlericalismo es, como se repite continuamente, la corriente dominante del mundo, me levanto a negarlo, y a negarlo con testimonios patentes, y afirmo más: que los pueblos latinos europeos son una excepción en el mundo. Esto hay que considerarlo, aunque sea con dolor para los que pertenecemos a esta raza, de la que yo no reniego, de la que me vanaglorio y enorgullezco, aunque al presente esté formada por pueblos decadentes, porque abandonaron el principio católico que los informó y dió fuerza y grandeza cuando fueron los protagonistas de la historia.

Este es, señores, lo que está sucediendo en los pueblos latinos. ¿En qué grado estamos nosotros? Yo sé en qué grado están algunos pueblos cercanos. Nosotros, estamos en el de la tolerancia? No. ¿Hemos llegado al de la igualdad? Sí; creo que estamos en la era del privilegio, al ver cómo se trata a esas muchedumbres católicas, que, hay que decirlo francamente, porque está en la hora de decir la verdad entera a esas muchedumbres católicas, que están siendo excesivamente pacientes y a veces hasta serviles, al ser mayoría, y aguantar la oposición de una minoría oligárquica, que ha venido durante todo el siglo XIX oprimiendo sus conciencias y mutilando sus derechos (Rumores).

Señores, hay que decirlo con tristeza dolorosa para nosotros, pero confesando esta amarga verdad: las Naciones protestantes se acercan á la Iglesia, en la misma medida que se apartan de ella las sociedades latinas. ¿Queréis pruebas? Voy á dárdeslas, y documentadas, irrebatibles.

Hace muy poco tiempo, el Tribunal Supremo de Canadá declaraba anulación de la Constitución de la Cámara y fuera de la Cámara.

Los Estados Unidos, que se han considerado mucho tiempo después de las obras de Tocqueville y de Laveleye como la República modelo, el centro de la libertad formado por la confluencia de tantas razas y religiones, que anotó á los puritanos de la «Flor de Mayo» y á millones de irlandeses católicos arrojados á sus playas por la tiranía de Inglaterra, en esos Estados Unidos se levanta potente y se desarrolla con vigor exagerado el catolicismo.

Cuando aquí se invocó hace días por el señor Azcárate el americanismo, que después de la Ecclésia de León XIII desapareció seguido de una hermosa protesta de él, no se contestó, por lo visto, estas magníficas palabras, con las cuales el Cardenal Gibbons se dirigió hace poco al Cardenal Richard, a propósito de la situación de Francia. Y, no v. y. ha sido ahora de este asunto porque no es propio de un diputado de la Nación española referirse á asuntos de otras naciones.

Pero esta carta es un documento histórico y ha sido dirigida en Julio último al Cardenal Richard, como representante del Episcopado francés,

por el Cardenal Gibbons en nombre de todo el Episcopado norteamericano.

Oíd, señores diputados, porque es un testimonio de fe y un testimonio de honesta libertad y una lección para los anticlericales españoles.

Toda la carta es admirable, pero solo leír estos párrafos:

«Grande es el dolor que experimentamos al contemplar a la Iglesia de Francia tan atrozmente perseguida por leyes y decretos vejatorios, y al ver destruido el pacto secular que ligaba con la Santa Sede a la Hija primogénita de la Iglesia; porque aquéllos desean que los sangrientos conflictos ya engendrados por la famosa ley de separación que Pío X. se ha prescrito a condonar, son preludio de perturbaciones y de turbulencias mayores todavía.

Y dómico es posible que acontezcan tales tristes no provoquen las simpatías y las oraciones de todos los verdaderos hijos de la Iglesia? Los fieles del mundo entero son, como dijo el Apóstol, miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo y deben, por lo tanto, participar todos de las alegrías y de las tristezas de los demás.»

Después de recordar los Obispos franceses que figuraron entre los primeros Prelados americanos, añade:

«Acosumbrados a la libertad de que goza en nuestra Patria la Iglesia, apenas si podemos comprender que un Gobierno civilizado se atrevía, en nombre de esta misma libertad, a tiranizar a todo un pueblo cristiano, imponiéndole el yugo del ateísmo oficial. Aquí, por el contrario, recorren los Gobiernos que la religión es necesaria a la prosperidad del Estado, y por más que no se atribuyen competencias alguna en los asuntos religiosos, merced a los sentimientos benevolentes que los animan, resuelven las cuestiones mixtas de un modo equitativo.

Los litigios relativos a los bienes eclesiásticos, por no citar más que un ejemplo, son resueltos por los tribunales civiles con arreglo a las mismas leyes de la Iglesia, sin que nadie pase por las mientes la idea de establecer reglamentos contrarios a sus cánones. Si la Iglesia, porque es la verdad, tiene derecho a ser protegida, no necesita para prosperar más que ser libre, y de esta libertad goza más plenamente en los Estados Unidos.

Y no sólo gozan de esta libertad; gozan también de una notable preferencia, señores diputados; hay un testimonio eloquientísimo, que siendo no poder reforzar con algunos párrafos por haber olvidado la carta de un amigo español residente en los Estados Unidos que me los comunicaba.

Si el «Símbolo», el «Diálogo» y el

«Sermón de la Montaña» imperaran sobre todos los hombres, habría cuestión social, ni cuestión política en el mundo? ¿Habrá conflictos, ni divergencias, ni oposiciones? No habrían realizado el increíble prodigo de desterrar a esas huespedes siniestras que ha hecho su morada de la naturaleza humana, al mal, arrojándolo más allá de las fronteras de la historia?

Que no es el anticlericalismo la corriente dominante. — El catolicismo en América.

Pero la reacción es el «clericalismo», otro de los motivos consabidos, y el anticlericalismo es, como se repite continuamente, la corriente dominante del mundo, me levanto a negarlo, y a negarlo con testimonios patentes, y afirmo más: que los pueblos latinos europeos son una excepción en el mundo. Esto hay que considerarlo, aunque sea con dolor para los que pertenecemos a esta raza, de la que yo no reniego, de la que me vanaglorio y enorgullezco, aunque al presente esté formada por pueblos decadentes, porque abandonaron el principio católico que los informó y dió fuerza y grandeza cuando fueron los protagonistas de la historia.

Este es, señores, lo que está sucediendo en los pueblos latinos. ¿En qué grado estamos nosotros? Yo sé en qué grado están algunos pueblos cercanos. Nosotros, estamos en el de la tolerancia? No. ¿Hemos llegado al de la igualdad? Sí; creo que estamos en la era del privilegio, al ver cómo se trata a esas muchedumbres católicas, que, hay que decirlo francamente, porque está en la hora de decir la verdad entera a esas muchedumbres católicas, que están siendo excesivamente pacientes y a veces hasta serviles, al ser mayoría, y aguantar la oposición de una minoría oligárquica, que ha venido durante todo el siglo XIX oprimiendo sus conciencias y mutilando sus derechos (Rumores).

Y no sólo gozan de esta libertad;

gozan también de una notable preferencia, señores diputados; hay un testimonio eloquientísimo, que siendo no poder reforzar con algunos párrafos por haber olvidado la carta de un amigo español residente en los Estados Unidos que me los comunicaba.

Si el «Símbolo», el «Diálogo» y el

«Sermón de la Montaña» imperaran sobre todos los hombres, habría cuestión social, ni cuestión política en el mundo? ¿Habrá conflictos, ni divergencias, ni oposiciones? No habrían realizado el increíble prodigo de desterrar a esas huespedes siniestras que ha hecho su morada de la naturaleza humana, al mal, arrojándolo más allá de las fronteras de la historia?

Que no es el anticlericalismo la corriente dominante. — El catolicismo en América.

Pero la reacción es el «clericalismo», otro de los motivos consabidos, y el anticlericalismo es, como se repite continuamente, la corriente dominante del mundo, me levanto a negarlo, y a negarlo con testimonios patentes, y afirmo más: que los pueblos latinos europeos son una excepción en el mundo. Esto hay que considerarlo, aunque sea con dolor para los que pertenecemos a esta raza, de la que yo no reniego, de la que me vanaglorio y enorgullezco, aunque al presente esté formada por pueblos decadentes, porque abandonaron el principio católico que los informó y dió fuerza y grandeza cuando fueron los protagonistas de la historia.

Y no sólo gozan de esta libertad;

gozan también de una notable preferencia, señores diputados; hay un testimonio eloquientísimo, que siendo no poder reforzar con algunos párrafos por haber olvidado la carta de un amigo español residente en los Estados Unidos que me los comunicaba.

Si el «Símbolo», el «Diálogo» y el

«Sermón de la Montaña» imperaran sobre todos los hombres, habría cuestión social, ni cuestión política en el mundo? ¿Habrá conflictos, ni divergencias, ni oposiciones? No habrían realizado el increíble prodigo de desterrar a esas huespedes siniestras que ha hecho su morada de la naturaleza humana, al mal, arrojándolo más allá de las fronteras de la historia?

Que no es el anticlericalismo la corriente dominante. — El catolicismo en América.

Pero la reacción es el «clericalismo», otro de los motivos consabidos, y el anticlericalismo es, como se repite continuamente, la corriente dominante del mundo, me levanto a negarlo, y a negarlo con testimonios patentes, y afirmo más: que los pueblos latinos europeos son una excepción en el mundo. Esto hay que considerarlo, aunque sea con dolor para los que pertenecemos a esta raza, de la que yo no reniego, de la que me vanaglorio y enorgullezco, aunque al presente esté formada por pueblos decadentes, porque abandonaron el principio católico que los informó y dió fuerza y grandeza cuando fueron los protagonistas de la historia.

Y no sólo gozan de esta libertad;

gozan también de una notable preferencia, señores diputados; hay un testimonio eloquientísimo, que siendo no poder reforzar con algunos párrafos por haber olvidado la carta de un amigo español residente en los Estados Unidos que me los comunicaba.

Si el «Símbolo», el «Diálogo» y el

«Sermón de la Montaña» imperaran sobre todos los hombres, habría cuestión social, ni cuestión política en el mundo? ¿Habrá conflictos, ni divergencias, ni oposiciones? No habrían realizado el increíble prodigo de desterrar a esas huespedes siniestras que ha hecho su morada de la naturaleza humana, al mal, arrojándolo más allá